

María de Zayas y Sotomayor (Madrid 1590 – después de 1647)

Leída por **Tomás Antonio Mantecón Movellán,**

Vicerrector del Área de Cultura y Participación Social

Al que leyere

Quién duda, lector mío, que te causará admiración que una mujer tenga despejo no sólo para escribir un libro, sino para darle a la estampa, que es el crisol donde se averigua la pureza de los ingenios. Porque hasta que los escritos se gozan en las letras de plomo, no tienen valor cierto, por ser tan fáciles de engañar los sentidos, que la fragilidad de la vista suele pasar por oro macizo lo que a la luz del fuego es solamente un pedazo de bronce afeitado. Quién duda, digo otra vez, que habrá muchos que atribuyan a locura esta virtuosa osadía de sacar a luz mis borrones, siendo mujer, que en opinión de algunos necios es lo mismo que ser una cosa incapaz. Pero cualquiera, como sea no más de buen cortesano, ni lo tendrá por novedad ni lo murmurará por desatino. Porque si esta materia de que nos componemos los hombres y las mujeres, ya sea una trabazón de fuego y barro, o ya una masa de espíritus y terrones, no tiene más nobleza en ellos que en nosotras, si es una misma la sangre, los sentidos, las potencias y los órganos por donde se obran sus efectos, son unos mismos; la misma alma que ellos, porque las almas ni son hombres ni mujeres: ¿qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo?

Esto no tiene, a mi parecer, más respuesta que su impiedad o tiranía en encerrarnos y no darnos maestros. Y así, la verdadera causa de no ser las mujeres doctas no es defecto del caudal, sino falta de la aplicación. Porque si en nuestra crianza, como nos ponen el cambrey en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos dieran libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puestos y para las cátedras como los hombres, y quizá más agudas, por ser de natural más frío, por consistir en humedad el entendimiento, como se ve en las respuestas de repente y en los engaños de pensado, que todo lo que se hace con maña, aunque no sea virtud, es ingenio. Y cuando no valga esta razón para nuestro crédito, valga la experiencia de las historias, y veremos por ellas lo que hicieron las mujeres que trataron de buenas letras.

De Argentaria, esposa del poeta Lucano, refiere él mismo que le ayudó en la corrección de los tres libros de la *Farsalia*, y le hizo muchos versos que pasaron por suyos. Temistoclea, hermana de Pitágoras, escribió un libro doctísimo de varias sentencias. Diótima fue venerada de Sócrates por eminente. Aspano hizo muchas lecciones de opinión en las academias. Eudoxa dejó escrito un libro de consejos políticos; Cenobia, un epítome de la *Historia oriental*. Y Cornelia, mujer de Africano, unas epístolas familiares con suma elegancia, y otras infinitas de la antigüedad y de nuestros tiempos que pasó en silencio, porque ya tendrás noticias de todo, aunque seas lego y no hayas estudiado. Y que después que hay *Polianteasen* latín, y *Sumas morales* en romance,

los seglares y las mujeres pueden ser letrados. Pues si esto es verdad, ¿qué razón hay para que no tengamos prontitud para los libros? Y más si todas tienen mi inclinación, que en viendo cualquiera, nuevo o antiguo, dejo la almohadilla y no sosiego hasta que le paso. De esta inclinación nació la noticia, de la noticia el buen gusto, y de todo hacer versos, hasta escribir estas Novelas, o por ser asunto más fácil o más apetitoso, que muchos libros sin erudición suelen parecer bien en fe del sujeto; y otros, llenos de sutilezas se venden pero no se compran porque la materia no es importante o es desabrida. No es menester prevenirte de la piedad que debes tener, porque si es bueno no harás nada en alabarle; y si es malo, por la parte de la cortesía que se debe a cualquiera mujer, le tendrás respeto. Con mujeres no hay competencias: quien no las estima es necio, porque las ha menester; y quien las ultraja, ingrato, pues falta al reconocimiento del hospedaje que le hicieron en la primer jornada. Y así pues, no has de querer ser descortés, necio, villano ni desagradecido. Te ofrezco este libro muy segura de tu bizarría y en confianza de que si te desagradare, podrás disculparme con que nací mujer, no con obligaciones de hacer buenas novelas, sino con muchos deseos de acertar a servirte.

Novelas amorosas y ejemplares (1637)

Elena Fortún (1886-1952)

Leída por Eva Cuartango Gutiérrez

Directora del Área de Aulas de Extensión Universitaria

De pronto dejé de ver todo lo que me rodeaba para mirar la escalera de mármol por donde descendían dos muchachas... ¡Dios mío, qué muchachas!

Una era morena, llevaba el pelo cortado como un hombre, pero sus ojos eran grandes y aterciopelados y los labios muy rojos. Su traje era de lo más original: chaqueta gris con solapas como la de cualquier hombre, camisa de seda, corbata y falda corta y ajustada... Algo insólito en los primeros años de este siglo.

La otra joven era rubia y su vestido de terciopelo azul era precioso. Cruzaron el comedor saludando dos o tres veces a las gentes que comían, y vinieron a sentarse en la mesa que estaba frente a mí. En aquella mesa nos habíamos querido sentar y el camarero nos dijo que estaba reservada. Era la de ellas, tenía dos cubiertos y una botella de agua mineral. Un perfume delicado nos envolvió. Yo lo aspiré emocionada sintiéndome como en una nube... Desdoblaron las servilletas, pasaron sus miradas distraídas sobre nosotros, luego miraron a otro lado, y después se miraron entre ellas y sonrieron, hablando tan bajo que el timbre de su voz no llegaba a mí. Por debajo de la mesa veía sus pies. Los de la rubia calzados con primorosos zapatos de tacón alto.

¡Qué maravilla! Los de la morena eran planos, pequeños fuertes como los de un hombre... ¡Oh, pero no como los de mi padre o mis hermanos! Las piernas de la morena quedaban cubiertas por unas medias de seda gris...

-Mira papá, mira con disimulo detrás de ti... Un chico con los labios pintados. ¿Tú ves eso?

Papá miró, y también mi madre:

-¡Qué cosas! dijo mamá.

Yo sentía una ofensa personal en aquellas miradas de mi familia, y sobre todo en las palabras que usaban. Las dos jóvenes eran algo mío: yo las había visto primero, sabía que eran dos señoritas, las admiraba, las adoraba, desde su perfume hasta las puntas divinas de sus dedos.

Acabaron de comer mucho más pronto que nosotros, y la morena sacó una pitillera del bolsillo de la chaqueta, ofreció a la otra y encendió una cerilla... ¡Fumaban!

Fumaban, hablaban y bebían el café a sorbos. Todo en ellas era delicioso, encantador, distinto. Como si fueran de otro mundo. Seguro que sus blancas manos jamás habrían cogido una escoba como la que ponía en mis manos Casiana, la brutísima criada que amamantó a mi hermano Juan, para que barriera mi cuarto. No, sus blancas manos solo se ocuparían en sostener un libro o el cigarrillo.

Papá y mamá hablaron bajo, las miraban disimuladamente y cuando el camarero vino con los postres, papá le hizo un gesto de acercarse.

-¿Quiénes son esos? Parece mentira que en un sitio como este consientan ustedes...

-Es gente distinguida, señor, y de mucho dinero...

-Sí, sí, pero ese chico que lleva los labios pintados y medias de mujer...

-Es una mujer, señor... Creo que es escritora y es americana... La otra es su secretaria.

-¡Por Dios, qué indecencia!, dijo mi madre.

Ellas se levantaron enseguida, cruzaron el comedor sonrientes, volvieron a saludar. Se detuvieron un momento en la mesa de la señora de pelo blanco y los dos muchachos, que se levantaron para hablar con ellas. Rieron los cuatro, comentando algo, y luego se separaron estrechándose las manos... Subieron por la escalera de mármol que debía acabar en ese mundo maravilloso que yo no podía ver y que tal vez no vería nunca.

Oculto sendero (2016)

Najat El Hachmi (1979-)

Leída por María Jesús Saiz Vega

Directora de la Biblioteca Universitaria

No seré más para vosotros. Desde ahora seré para mí. Para mí o para quien quiera, pero no para ninguno de los que me queréis sesgada, escindida.

[...] ¿De qué te extrañas? Esa es la vida normal, es la tuya la que no encaja, tú eres la intrusa. Tú, que tienes una madre que limpia en sus casas, y aún gracias que alguien la pudo aceptar en su casa a pesar de la raya en medio, la frente regia de rifeña y el pañuelo en la cabeza. Suficientemente generosos han sido con vosotros, suficientemente acogedores. No tienes ningún motivo para quejarte, como hablas su lengua igual o mejor que ellos casi ni recuerdan de dónde eres o quién eres. Casi.

La hija extranjera (2015)

Begoña Caamaño (1964-2014)

Leída por Zeltia Blanco Suárez y Evelyn Gandon Chapela

Personal Docente e Investigador de la Universidad de Cantabria

[Penélope] Afanábase en desfacer un dos nós trezados no tear na última xornada. Tiña présa. O malva que tinxía o ceo anunciaba o albor e o inicio dun novo día de mentiras e fuxidas. Absorta no labor de destrución do creado, paradoxalmente -pensou- no labor de creación da súa liberdade, advertiu apenas as voces que chegaban desde a praia e que tiñan unha intensidade desacostumada. Serán os primeiros barcos de pescadores que regresan á terra, dixo para si, o mar debeulles ser propicio nesta madrugada e as súas familias recíbenos con alegría. O algareo foi medrando e achegándose até os muros da casa.

[Penélope] Se afanaba en deshacer uno de los nudos trezados en el telar durante la última jornada. Tenía prisa. El malva que teñía el cielo anunciaba el albor y el inicio de un nuevo día de mentiras y de huidas. Absorta en la labor de destrucción de lo creado, paradójicamente – pensó– en la labor de creación de su libertad, apenas advirtió las voces que llegaban desde la playa y que tenían una intensidad desacostumada. Serán los primeros barcos de pescadores que regresan a tierra, dijo para sí, el mar ha debido serles propicio esta madrugada y sus familias los reciben con alegría. El bullicio fue creciendo y acercándose hasta los muros de la casa.

Circe ou o prazer do azul/ Circe o el placer del azul (2009)

María Etxabe (1903-1993)

Leída por Francisco Gallardo del Puerto
Director del Área de Capacitación Lingüística

Emakumeak argalak gerala ¡zenbat aldiz entzuten degu!

Bai ba... gizonak, indar eta jakin-duriz beteak bai-daudez ... Eta ... gizon indartsu eta jakintsu oiek
¿nondik sortuak ditugu...? Ez ote-dira gogoratzen berak ere badutela edo izan dutela ama bat?

Eta aita danak edo izango dana ez ote da gogoratzen bere semetxoak ere ama bat bear dula izan?
Arrigarria da askoren jarduna gai onentzat eta ¡tamala benetan! Aita batzuen naigabea, semea nai
eta alaba joitzen ba-zaie.

*Que las mujeres somos débiles... ¡Cuántas veces lo escuchamos! Sí, y que los hombres
están llenos de fuerza y conocimiento... y... esos hombres fuertes y sabios ¿dónde fueron
creados? ¿no se acuerdan que ellos también tienen o tuvieron una madre? Y el que es o será
padre ¿acaso no recuerda que su criatura necesita tener una madre? Es asombroso cómo se
ocupan algunos de la maternidad y ¡verdaderamente triste! el disgusto de algunos padres si
deseando un hijo les nace una hija.*

“Non du gizonak zorionaren iturria?” (1929)

Mary Wollstonecraft (1759-1797)

Leída por Carmen Camus Camus
Personal Docente e Investigador de la Universidad de Cantabria

Tras considerar el devenir histórico y contemplar el mundo viviente con anhelosa
solicitud, las emociones más melancólicas de indignación desconsolada han oprimido mi espíritu
y lamento verme obligada a confesar tanto que la Naturaleza ha establecido una gran diferencia
entre un hombre y otro, como que la civilización que hasta ahora ha habido en el mundo ha sido
muy parcial. He repasado varios libros sobre educación y he observado pacientemente la conducta
de los padres y la administración de las escuelas. ¿Cuál ha sido el resultado? La profunda
convicción de que la educación descuidada de mis semejantes es la gran fuente de la calamidad
que deploro y de que a las mujeres, en particular, se las hace débiles y despreciables por una
variedad de causas concurrentes, originadas en una conclusión precipitada La conducta y los
modales de las mujeres, de hecho, prueban con claridad que sus mentes no se encuentran en un
estado saludable, porque al igual que las flores plantadas en una tierra demasiado rica, la fortaleza
y provecho sacrifican a la belleza, y las hojas suntuosas, tras haber resultado placenteras a una

mirada exigente, se marchitan y abandonan en el tallo, mucho antes del tiempo en que tendrían que llegar a su sazón. Atribuyo una de las causas de este florecimiento estéril a un sistema de educación falso, organizado mediante los libros que sobre el tema han escrito hombres que, al considerar a las mujeres más como tales que como criaturas humanas, se han mostrado más dispuestos a hacer de ellas damas seductoras que esposas afectuosas y madres racionales; y este homenaje engañoso ha distorsionado tanto la comprensión del sexo, que las mujeres civilizadas de nuestro siglo, con unas pocas excepciones, solo desean fervientemente inspirar amor, cuando debieran abrigar una ambición más noble y exigir respeto por su capacidad y sus virtudes.

Vindicación de los derechos de las mujeres (1791)

Mary Shelley (1797-1851)

Leída por Alfredo Moro Martín

Director del Aula de Letras

She had something Quixotic in her nature; or rather she would have had, if a clear head and some experience, even Young as she was, had not stood in the way of her making any glaring mistakes; so that her enterprises were never ridiculous; and being usually successful, could not be called extravagant. For herself, she needed but her liberty and her books; —for others, she had her time, her thoughts, her decided and resolute modes of action, all that their command, whenever she was convinced that they had a just claim upon them.

Tenía algo quijotesco en su naturaleza; o más bien lo habría tenido, si una mente despejada y cierta experiencia, pese a su juventud, no se hubiera interpuesto a la hora de cometer errores evidentes, por lo que sus empresas nunca eran ridículas, y siendo habitualmente exitosas, no podrían ser llamadas extravagantes. Para ella, no necesitaba otra cosa que su libertad y sus libros; para los demás, tenía su tiempo, sus pensamientos, sus modos de acción decididos y resueltos, todos ellos a su disposición, siempre que estuviera convencida de que tenían una causa justa sobre ellos.

Lodore (1835)

Isabel de Villena (1430-1490)

Leída por Montserrat Cabré i Pairet

Directora del Área de Igualdad, Conciliación y Responsabilidad Social

e veent-se així lliberta en la joventut sua, sens negun reprendedor, havent la propia voluntat per llei, seguia tots els apetits sensuais, no entenent sinó en delits e plaers de sa persona en arreus i novitats. E res no li era difícil, puix tenia què despendre.

E com en tals coses la fama de les dones no pot perseverar sancera, encara que les obres no sien males, les tals demostracions donen e sospita de mal e llicència als mals parlars de jutjar e condemnar la vida de tals persones, que més pensen en contentar la voluntat desordenada que no en conservar la fama.

[...] y viéndose así, tan libre y tan joven, sin nadie que la reprendiera, disponiendo de su voluntad como única ley, seguía sus propios apetitos sensuales, no entendiéndolo sino de deleites y placeres, de adornos y novedades, y nada le era difícil, pues tenía de qué desprenderse.

[...] Y como en tales casos la fama de las mujeres no puede perseverar entera, aunque las obras no sean malas, son demostraciones que dan qué hablar y sospechar a los murmuradores encargados de juzgar y condenar la vida de tales personas que antes piensan en dar contento a su voluntad desordenada que en conservar su fama.

Vita Christi (1497)

Helen Barolini (1925-)

Leída por Eva Pelayo Sañudo

Becaria del Área de Igualdad, Conciliación y Responsabilidad Social

“It’s something I always promised myself, Jason; I’m planting Rosemary. There’s a chance it can survive the winters here if it’s well protected.” [...]

“Why rosemary? For remembrance?”

“Well, yes,” she laughed, “maybe that, too, but actually for old Umbertina. It’s the family women’s quaquaversal plant—wherever one of Umbertina’s clan descends, there also will be rosemary planted, for where it grows, the women of the house are its strength.”

“And what of the men?”

“They should grow fig trees, maybe,” she laughed. “But seriously, don’t give it a sexist interpretation! It doesn’t take anything away from men if their women are as strong as they. Strong men deserve strong women.”

“Agreed.”

“We’ll just pit our strengths together from now on.”

“And the rosemary will help?”

“Yes, darling Bear, the rosemary will help. I’m planting rosemary here because our lives will soon be merging and here’s where our roots will be.”

“So you’ve finally learned how to cultivate your own garden.”

She looked at him lovingly. “I guess that’s what it is—my great-grandmother planted peppers and pole beans, I’m going to plant humanism. And don’t be offended Jason, by my keeping my own name when we’re married. That’s the name I want to write under.”

“That’s all right with me, Tina. You can have as long an Italian name as you want, but what of our children?”

“Oh, Jason, you’re so forward-looking—comes from your ancestors, I suppose, always looking out to sea at the long line of the horizon. Well, I guess we’ll just hyphenate the kids.”

“And I guess it’s time to go now. Back to the grind once more.”

“Yest, time to go,” she said. But we’ll be back. The rosemary stays here to get rooted and the tin heart comes with me wherever I am. Just to remind me of the *imprevedibile* in life.”

Umbertina (1979)

Ana Comneno (1083-1153)

Leída por Jesús A. Solórzano Telechea

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cantabria

El tiempo, fluyendo inconteniblemente y moviéndose siempre, arrastra y lleva todo lo engendrado y lo sumerge en el abismo de la oscuridad, donde no existen hechos dignos de mención, ni donde los hay grandes y dignos de memoria, haciendo surgir lo que está oculto, como dice la tragedia y escondiendo lo que es patente. Sin embargo, la narración de la historia se convierte en una muy poderosa defensa contra la corriente del tiempo y detiene, de algún modo,

el flujo incontenible de éste; y todo lo acontecido dentro de él, que ha recogido superficialmente, lo contiene, lo encierra y no permite que se deslice a los abismos del olvido.

Puesto que tengo conciencia de eso, yo, Ana [Comneno], hija de Alejo e Irene, vástago y producto de la púrpura, que no sólo no soy inculta en letras, sino incluso he estudiado cultura griega intensamente, que no desatiendo la retórica, que he asimilado las disciplinas aristotélicas y los diálogos de Platón y he madurado en el ‘quadriuvium’ de las ciencias, debo revelar que poseo estos conocimientos –y no es jactancia el hecho- todos los cuales me han sido concedidos por la naturaleza y por el estudio de las ciencias, que Dios desde lo alto me ha regalado y las circunstancias me han aportado. Quiero por medio de este escrito contar los hechos de mi padre, indignos de ser entregados al silencio ni de que sean arrastrados por la corriente del tiempo, como a un piélago del olvido.”

Alexiada (1148)

Cristine de Pizán (1364-1430)

Leía por Nuria García Gutiérrez

Directora Técnica del Área de Exposiciones

De gran talento en el arte de la pintura fue también Marcía la Romana, una virgen noble y virtuosa cuyo genial trabajo sobrepasó el de hombres como Dionisio y Sopolino, de quienes se decía entonces que eran los mejores pintores del mundo. Si hay que creer a los maestros, ella legó a la cumbre de la perfección artística. Entre sus obras más famosas figura un extraordinario autorretrato que fue pintado mientras se miraba en un espejo. Quiriendo conservar para el mundo la memoria de su imagen, logró tal perfección que al mirar su figura en la tabla parecía como si se la viera respirar. De aquella obra, conservada como un tesoro, se habló mucho tiempo como de un prodigio de belleza.

–Señora –le dije entonces–, esos ejemplos nos demuestran que los antiguos tenían en mayor estima las ciencias y honraban mejor la cultura que nosotros. A propósito de mujeres dotadas para la pintura, yo conozco una pintora llamada Anastasia, que tiene tanto talento para dibujar e iluminar las figuras de los adornos marginales y los paisajes de fondo en las miniaturas que no se podría encontrar en París, donde viven sin embargo los mejores artistas del mundo, uno solo que la supere. Nadie ejecuta mejor que ella los motivos florales y adornos de los manuscritos, y como se tiene en gran estima su trabajo, siempre le encargan la ilustración de los libros más valiosos.

Lo sé por experiencia, porque ella ha pintado para mí ciertas miniaturas que, según una opinión unánime, son aún más bellas que las de los grandes maestros.

–Te creo, querida Cristina –me contestó–. Si la gente se molestara en buscarlas, encontraría muchas mujeres extraordinarias. Ahora lo vemos con el ejemplo de otra romana.

La ciudad de las damas (1405)

Marie de Gournay (1565-1645)

Leída por Marta García Lastra

Directora del Aula Interdisciplinar Isabel Torres de Estudios de las Mujeres y del Género

Bienaventurado eres tú, lector, si no perteneces al sexo al que se le prohíben todos los bienes, privándole de la libertad; al que incluso se le prohíben casi todas las virtudes, alejándolo de cargos, oficios y funciones públicas. En una palabra, al que se le sustrae el poder –en cuyo ejercicio moderado se conforman la mayoría de las virtudes– con el fin de darle como única felicidad y como virtudes únicas y soberanas, la ignorancia, la servidumbre y la facultad de hacer el necio si ese es el juego que le place. Bienaventurado eres, otra vez, porque puedes ser sabio sin cometer una ofensa: tu cualidad de hombre te concede, al igual que lo prohíbe a las mujeres, toda acción de altos vuelos, todo juicio sublime y toda exquisitez en el discurso especulativo.

Mas, callando por el momento los demás agravios a este sexo, os pregunto: ¿Sabéis de cuán injusta manera se trata normalmente a este sexo en las conversaciones, cuando participa en ellas? Yo soy tan poco o, mejor dicho, tan profundamente vanidosa que no temo confesar que lo sé por mi propia experiencia. Lo que ocurre es que aunque las mujeres tuvieran las razones y los pensamientos profundos de Carnéades, nunca faltará un mediocre que, con la aprobación de la mayoría de los presentes, les ponga en evidencia cuando solo con una sonrisa o bien con un pequeño movimiento de cabeza, su muda elocuencia dirá: «Es una mujer la que habla».

Agravio de damas (1626)

Gloria Fuertes (1917-1998)

Leída por Josefina Fernández Martínez

Técnica del Área de Igualdad, Conciliación y Responsabilidad Social

Soy sólo una mujer
y ya es bastante,
con tener una chiva, una tartana
un “bendito sea Dios” por la mañana
y un mico en el pescante.

Yo quisiera haber sido delineante,
o delirante Safo sensitiva
y heme, aquí,
que soy una perdida
entre tanto mangante.

Lo digo para todo el que me lea,
quise ser capitán, sin arma alguna,
depositar mis versos en la luna
y un astronauta me pisó la idea.

De paz por esos mundos quise ser traficante
me detuvieron por la carretera
soy sólo una mujer, de cuerda entera,
soy sólo una mujer y ya es bastante.

“Soy sólo una mujer” (1969)

Rosario Castellanos (1925-1974)

Leída por alumnado de la UC

Soy yo. ¿Pero quién soy yo? Tu esposa, claro. Y ese título basta para distinguirme de los recuerdos del pasado, de los proyectos para el porvenir. Llevo una marca de propiedad y no obstante me miras con desconfianza. No estoy tejiendo una red para prenderte. No soy una mantis religiosa. Te agradezco que creas en semejante hipótesis. Pero es falsa

[...] ¿Es la alondra? ¿Es el ruiseñor? No, nuestro horario no va a regirse por tan aladas criaturas como las que avisaban el advenimiento de la aurora a Romeo y Julieta, sino por un estentóreo e inequívoco despertador. Y tú no bajarás al día por la escala de mis trenzas sino por los pasos de una querrela minuciosa: se te ha desprendido un botón del saco, el pan está quemado, el café frío. Yo rumiaré, en silencio, mi rencor

“Lección de cocina” (1971).